

UNA CURA PARA EL OLVIDO

SÓCRATES GALENO

Hoy es fiesta. Y como todos los días que son fiesta, voy a comer a casa de mis abuelos. Me gusta mucho ir a visitarlos. Es a la vez una sensación de alegría y tristeza; y hora os contaré el porqué. Mi abuela es una persona muy alegre a la que le encanta que la visitemos y le contemos nuestras aventuras. Mi abuelo también lo era, pero algo extraño le empezó a pasar.

Nos dimos cuenta que a veces no recordaba quiénes éramos los que estábamos a su alrededor, no me recordaba, no recordaba a mi madre, ni si quiera quién era mi abuela, con la que había compartido su vida más de 50 años. Poco a poco se fue olvidando de todo. Pero... había algo importante: nosotros no nos habíamos olvidado quien era él. Él era nuestro abuelo.

Por eso, siempre que voy a su casa hago como si fuese igual que antes de que esa dichosa enfermedad le borrara de su mente todos sus recuerdos. Me encanta hacer lo que hacíamos siempre: le cojo de la mano y le cuento todo lo que

he hecho durante los días que no hemos estado juntos. Aunque él luego no se acuerde, sé que le gusta que le cuente mis cosas, porque siempre que le cuento algo gracioso, él sonríe. De lo que no se olvida, y espero que lo recuerde siempre, es de darme un fuerte abrazo cuando al final del día me despido de él.

Cuando vuelvo para casa voy grabando en mi cabeza todos los momentos que hemos pasado juntos. Estoy seguro que él ya no se acordará de lo que hablamos, pero yo lo tendré siempre en mi recuerdo.

Espero que esa traicionera enfermedad, cuando yo sea mayor, no se apodere de todos mis buenos momentos. Por ello, tengo la ilusión, desde hace años, de encontrar una cura para esta enfermedad. No quiero ver más miradas perdidas en el olvido.